



Reverendo D. Javier Rubio Ibáñez

«Cuando muera un hermano, el Director redacte cuanto antes la carta mortuoria y hágala llegar a las comunidades interesadas.»

El artículo 161 de los Reglamentos es claro, taxativo, pero penoso de cumplir. Hoy toca hacerlo con D. Javier Rubio. Su nombre era bien conocido y su personalidad, inconfundible.

La fotografía que encabeza esta carta, la última que nos dejó, nos le ofrece en un semblante noble, rasgos blandos, mirada talentosa y bien portado. En otra imagen más de fondo, D. Javier era el sacerdote digno, religioso sencillo, espíritu sin complicaciones, hombre de bien, abierto y sociable, aunque no muy propicio a la amistad entregada y profunda.

Nació en 1912, en Manchones, Zaragoza, si bien su infancia transcurrió toda ella en Falces, pueblo de la Ribera Navarra, con historia y con riqueza: una vega fértil, iglesia monumental y el primer marquesado de la región.

Su madre era maestra y su padre médico, con prestigio y muy querido en el vecindario.

D. Javier guardaba de él una carta que leería muchas veces y asimiló en buena parte: «No sé si estoy bien o mal —le decía poco antes de morir—. Muchas veces creo y la razón y la medicina me dicen que la cosa es grave y mi vida no será larga. Yo estoy conforme con esta idea y únicamente le pido a Dios que no me haga sufrir mucho». Esa actitud serena, resignada a no disfrutar, más que a sufrir, la compartió también D. Javier.

Fue el segundo hijo de una familia acomodada en un pueblo rico. Esta circunstancia no fue obstáculo para su vocación.

Sarriá, Campello, Gerona fueron los primeros pasos en su vida salesiana. El trienio lo hizo en Alcoy y estudió la Teología entre la Croccetta y San José del Valle, coincidiendo con los años de la guerra civil.

Al terminar el primer año de Teología, en Turín, ante el cariz que iba tomando la situación de España, escribe a su Inspector consultando si debe venir a pasar el verano a la Inspectoría o permanecer en Italia. Se ve que algo más decía en aquella carta, a juzgar por la contestación que le da el Inspector, el P. Calasanz: «Tu carta —escribe— ha sido para mí un gran consuelo, pues veo por tu parte, tu decidida voluntad y de otra, que has experimentando la verdad de lo que tantas veces os he dicho, o sea, que cuando nos entregamos a los Superiores como debemos hacerlo, encontramos en ellos los verdaderos padres que San Juan Bosco quería que fueran ellos para todos...». Es un testimonio que dice bastante a favor del que escribe y del destinatario, pese al marcado estilo, que ahora llamaríamos, «paternalista».

Fue ordenado sacerdote en Pamplona, el 29 de junio de 1939. Hacía de ello ahora cuarenta años, como el año próximo cumpliría los cincuenta años de su profesión.

Las primeras obediencias como sacerdote fueron Azcoitia y Horta. En este colegio desempeñó los cargos de Consejero, Catequista y Director.

Dirigió durante dos años la fundación de Badalona. Allí y en Rocafort después, tuvo ocasión de desplegar su dinamismo, su celo y dotes de gobierno, al tiempo que se iba preparando para tareas que habían de definir su misión salesiana.

Con experiencia suficiente, estudios universitarios y madurez, estaba ya en condiciones de ejercer funciones de mayor compromiso y de alcance más amplio.

En 1958 es destinado a Madrid, a la «Casa D. Bosco», como entonces se llamaba a la Central Catequística.

Le trajo a la capital un fin determinado y una razón, diríamos, coyuntural. No se vio muy cumplido ese intento, pero aquí le esperaban los años más fecundos de su apostolado y en esta Casa encontró la sede que ya no había de abandonar.

Fueron los años, primero, al frente de la Asociación de Antiguos Alumnos como Consiliario Nacional. Siempre ha sido éste, y acaso más en aquellos años, un cometido difícil de llenar. Requiere preparación, categoría humana, habilidad y virtud. D. Javier lo desempeñó durante nueve años; tuvo que afrontar algún caso particularmente espinoso; potenció la Asociación dotándola de nuevos reglamentos e hizo oír la voz de los Antiguos Alumnos en el Capítulo General 19. Su actuación tuvo más de eficacia que de espectacularidad.

En el año 1965 le encontramos como Delegado Nacional de los Cooperadores, cuando se trataba de dar a esta organización un

nuevo impulso, por obra de D. Ricceri, del Concilio y del Capítulo General. En ambos cargos continuó y mejoró la trayectoria trazada por el benemérito D. Rodolfo Fierro.

El cuidado de esas asociaciones y la redacción de las revistas «Don Bosco en España», el «Boletín Salesiano», el «Boletín de los Cooperadores», su notable colaboración en «Alameda» llenaron sobradamente esos años y pusieron a prueba su capacidad de trabajo y, no menos, de sacrificio.

Además de esas tareas que ocupaban su jornada hasta bien altas horas de la noche, todavía encontraba tiempo para obligados desplazamientos dentro y fuera de España; puso en marcha la Obra del Tercer Mundo, los Hogares Don Bosco, la Obra del Sagrado Corazón e, incluso, en fiestas y ocasiones de familia salesiana, contribuía en sobremesas y encuentros con números de humor y de ingenio.

A medida que las Obras citadas iban cobrando auge, se fueron desglosando y requirieron nuevos colaboradores. Otros fueron haciéndose cargo de ellas, con generosa cesión por parte de D. Javier que, aún teniendo ocasión de seguirlas muy de cerca, se guardó muy bien de ejercer la menor injerencia.

Saber actuar de lleno y saber retirarse de empresas en las que se ha puesto entrega y cariño, es obra que requiere discreción y virtud. De ambas dotes hay que hacerle mérito a D. Javier.

Pocas veces se le oyó hacer alusión a motivos de familia o actuaciones llevadas a cabo por él, por más que, a cierta altura, se viva un poco de mirar hacia atrás con ánimo comparativo, con satisfacción o melancolía y sea éste un achaque bastante común y muy excusable.

Todavía en los últimos años, relevado de sus funciones anteriores, con las facultades naturalmente mermadas, pero vigentes aún, empleaba su tiempo, bien administrado, en traducir libros para la Central Catequística, colaborar en publicaciones de la Familia Salesiana, atender a los Cooperadores de la Casa, mantener al día su curiosidad intelectual y emplear sus ocios en quehaceres un poco de afición y otro poco de utilidad.

Es muy difícil pretender decir en unas líneas todo lo que se ha hecho en años y años de vida intensa y asidua.

Cuando había empezado a disfrutar de una relativa y bien ganada jubilación, cuando todavía podía prometerse años de vida por delante, como al personaje de las inmortales coplas: «*Vino la muerte / a llamar a su puerta*». Y vino de improviso. Se nos marchó como le acaecía muchas noches, cuando desaparecía de pronto, alejando cansancio, sueño y las flaquezas que le iban acechando.

El 20 de septiembre fue su última jornada normal. Celebró su misa como a él le gustaba: solo y sin demasiados comentarios. Leería los consejos de San Pablo a Timoteo sobre el ministerio de la palabra y el rito de la ordenación: «No descuides el don que posees, que se te concedió por la imposición de las manos de los pres-

bíteros». Y el episodio de la Magdalena, con el pomo de perfume roto y derramado a los pies del Señor. Esa podía ser su vida.

La noche siguiente cayó enfermo, con alguna afección de hígado, al parecer, no grave.

En vista de la persistencia, el día 1 de octubre, el médico aconsejó trasladarle a la clínica, a fin de intensificar el tratamiento o, en el peor de los casos, intervenirle.

Era mediodía cuando se le trasladó, bien lejos de sospechar, ni él ni los demás, que ya no regresaría a la que había sido su casa durante veintiún años.

Clientes de la librería y transeúntes que le vieron trasladarse por su pie y colocarse en la ambulancia, decaído y un poco amarillento, le miraban con curiosidad y compasión. «*Agora nos partimos; Dios sabe el ayuntar...*» Efectivamente, el reencuentro ya no se produjo, por desgracia.

Al atardecer, nos llegó la tremenda y súbita noticia: D. Javier Rubio había fallecido.

Se produjo en todos la imaginable conmoción. La nueva era tan fuerte como inesperable.

Salesianos, familiares y amigos que ni siquiera tenían conocimiento de su enfermedad, fueron llegando y pasando por la capilla ardiente.

Estaba revestido de alba y estola blanca; tenía un gran rosario entre las manos y al lado, las Constituciones.

La misa de exequias, corpore insepulto, fue presidida por Don José Antonio Rico, y concelebrada por cuatro Inspectores y salesianos venidos de las Casas de las diversas Inspectorías. A todas había llegado de alguna manera la enseñanza y el asesoramiento de Don Javier.

Fue enterrado en el cementerio de Carabanchel Alto, en el panteón salesiano. Allí le dejamos, bajo un claro sol de mediodía, junto a una veintena larga de salesianos que yacen, en comunidad de descanso, de silencio y de esperanza. Dios le tenga en su paz.

A los familiares, salesianos y amigos de todas partes que nos acompañaron y nos van haciendo llegar su condolencia, nuestro sentido agradecimiento; para él nuestra oración sin amén y de él a nosotros, como petición, llamada y apercibimiento saludable, aquel versículo de la Sabiduría: «*Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato...*».

Madrid, 10 de octubre de 1979

Afmo. en Don Bosco
EMILIO HERNÁNDEZ GARCÍA